

# Una reflexión sobre la reciente reorganización de los usos agropecuarios en América Latina<sup>1</sup>

José Antonio SEGRELLES SERRANO

Departamento de Geografía Humana  
Universidad de Alicante (Alicante)  
ja.segrelles@ua.es

Recibido: 9 septiembre 2006

Aceptado: 10 mayo 2007

## RESUMEN

La cuestión de la propiedad y reparto de la tierra ha aglutinado de forma tradicional a las poblaciones campesinas de América Latina, provocando diversos movimientos reivindicativos y levantamientos populares de gran trascendencia pública en aras de una reforma agraria. Sin embargo, el uso y dedicación de la tierra apenas se ha planteado hasta ahora en términos sociopolíticos, toda vez que la mayoría de los países latinoamericanos están experimentando desde algo más de tres lustros una reorganización de los usos agropecuarios sin precedentes. Dicha reorganización supone el retroceso de los cultivos alimenticios y la expansión de los aprovechamientos comerciales, lo que se debe a las exigencias del complejo cereales-carne y a la necesidad imperiosa de exportar para poder pagar los intereses de las abultadas deudas externas de muchos países de la región.

**Palabras clave:** América Latina, reorganización usos agropecuarios, cultivos alimenticios, cultivos comerciales.

## A reflection on the recent reorganization of the farming uses in Latin America

## ABSTRACT

The question of property and land distribution has traditionally brought the rural towns of Latin America together in agricultural movements and uprisings of great public significance. However, despite the fact that most South American countries have been experiencing unprecedented agricultural reorganisations for more than fifteen years, the use and distribution of land has rarely been a socio-political topic until now. This reorganisation constitutes a decrease in land destined for food crops and an expansion of the land used for commercial crops, and is necessary due to the complex demand for cereals and meat. Furthermore, many countries in the region have huge external debts and urgently need to export goods in order to be able to pay the interest.

**Key words:** Latin America, agricultural reorganisation, food crops, commercial crops.

---

<sup>1</sup> Este artículo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación titulado *Análisis de la creación del ALCA y sus repercusiones en la agricultura y los espacios rurales de la Comunidad Valenciana*, financiado por la Dirección General de Investigación y Transferencia Tecnológica de la Conselleria de Empresa, Universidad y Ciencia de la Generalitat Valenciana (Programa de Ayudas para la realización de Acciones Especiales de I+D+i; Ref.: AE06/139) y dirigido por el autor.

## Une réflexion sur la réorganisation récente des utilisations agricoles en Amérique latine

### RÉSUMÉ

La question de la propriété et de la répartition de la terre a rallié traditionnellement les populations paysannes de l'Amérique Latine en provoquant divers mouvements revendicatifs et des soulèvements populaires importants pour cause de réforme agraire. Néanmoins, la question sur l'utilisation et le travail de la terre s'est à peine posée jusqu'à ce jour en termes sociopolitiques, étant donné que la majorité des pays sud-américains est en train de réaliser depuis plus d'une quinzaine d'années, une réorganisation sans précédent des espaces agricoles. Cette réorganisation suppose le recul des cultures agricoles et l'intensification des profits commerciaux, à cause des exigences du complexe céréales/viande et du besoin impératif d'exporter pour pouvoir payer les intérêts des faramineuses dettes extérieures de nombreux pays de la région.

**Mots clés:** Amérique Latine, réorganisation des profits agricoles, cultures agricoles, cultures commerciales.

*Triste época la nuestra; es mucho más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio (Albert Einstein)*

### INTRODUCCIÓN

Resulta evidente, a la luz de la abundante y variada literatura existente, que la cuestión de la propiedad y el reparto de la tierra ha aglutinado de forma tradicional a las poblaciones campesinas de América Latina, provocando diversos movimientos reivindicativos y levantamientos populares de gran trascendencia pública en aras de una reforma agraria (Mançano, 1996 y 2000; Stédile, 1997 y 2002; Zamosc, Martínez y Chiriboga, 1997; Souza, 2000). Sin embargo, el uso y dedicación de la tierra apenas se ha planteado hasta ahora en términos sociopolíticos, toda vez que la mayoría de los países latinoamericanos están experimentando desde algo más de tres lustros una reorganización de sus territorios y aprovechamientos agropecuarios sin precedentes. Esta reorganización de los usos agrícolas, ganaderos y forestales está motivada por dos fenómenos muy activos e intensos que en el fondo son la misma cosa y tienen idénticas consecuencias: la difusión generalizada del complejo cereales-carne (Rifkin, 1992) y la necesidad imperiosa de exportar para poder pagar sus abultadas y asfixiantes deudas externas (Segrelles, 2004).

La expansión creciente de una "cultura de la carne" es la responsable de que gran parte de las tierras arables del mundo se utilicen para cultivar plantas que después se emplean para fabricar piensos para la ganadería (fundamentalmente cereales y oleaginosas) en vez de dedicarlas al cultivo de alimentos para las personas. De este modo, por influencia de algunos países, como Estados Unidos, y sus empresas transnacionales del sector agroalimentario (Segrelles, 1993), se crea una cadena alimenticia artificial donde el eslabón principal está representado por la carne, sobre todo la de vacuno. El ganado alimentado con cereales y oleaginosas en vez de forrajes se destina a satisfacer la demanda de los consumidores de los países ricos, mientras que en los países pobres, bas-

tantes de ellos con excedentes alimenticios, mucha gente se encuentra desnutrida e incluso muere literalmente de hambre.

A modo de ejemplos ilustrativos baste señalar que el 36 % del cereal mundial se destina a la alimentación de la ganadería intensiva de los países ricos; la producción de una caloría animal requiere cuatro calorías vegetales; para conseguir un kilogramo de carne de bovino es necesario aportar previamente dieciséis kilogramos de cereales; la producción de un kilogramo de carne supone el consumo de 100 toneladas de agua; la producción de una tonelada de cereal requiere un consumo de tres toneladas de agua; la producción de leche de vaca precisa de un kilogramo de pienso por litro; para cubrir con carne las 2.500 calorías diarias que necesita una persona es necesario disponer de 1,5 hectáreas destinadas al ganado, mientras que si las mismas calorías se cubren con cereales bastará con cultivar la octava parte de esa superficie; una hectárea de cereales produce cinco veces más proteínas que una hectárea destinada a la producción de carnes, cantidad que aumenta hasta 10 veces en el caso de las legumbres (alubias, garbanzos, guisantes, lentejas) y hasta 15 veces con las verduras de hoja (espinacas, acelgas, grelos), y así sucesivamente.

Por otro lado, las características productivas tradicionales y la clásica dependencia secular de Latinoamérica en la división internacional del trabajo ha llevado a estos países a un modelo mercantil netamente agroexportador. Los requerimientos de la deuda externa y la expansión del neoliberalismo desde comienzos de la década de los años noventa del siglo XX con sus políticas de mercantilismo a ultranza desembocaron en el retraimiento claro de los cultivos destinados al consumo interno y el auge de los dirigidos a la exportación y la competitividad en los mercados mundiales.

En cualquier caso, las consecuencias de estas tendencias no sólo se manifiestan en la reorganización de los aprovechamientos agropecuarios con el fin de responder a las nuevas exigencias, sino también en la creciente dependencia alimenticia de muchos países de la región, en la deforestación y el progresivo deterioro ambiental y en las carencias nutricionales, la miseria y el hambre de millones de seres humanos.

A esta situación en la que los cultivos comerciales sustituyen a los alimenticios no se llega sólo por medio de la consagración de la agricultura al comercio exterior, sino que en ello también tiene una influencia decisiva el proceso neoliberal de potenciación y estímulo de las grandes empresas agrarias capitalistas y de enajenación y expulsión de los pequeños agricultores familiares, cuyas producciones están orientadas básicamente a la obtención de alimentos para el abastecimiento del mercado interno. A esta situación no es ajeno, ni mucho menos, el enorme poder de influencia que tienen las exigencias productivas de la gran distribución organizada (GDO). En otras ocasiones, debido a la feroz competencia de la agroindustria y de las grandes propiedades, es la propia supervivencia del pequeño agricultor como tal la que impone una reconversión de cultivos orientada al logro de una mayor eficiencia con la que poder competir con éxito en los mercados nacionales e internacionales.

El artículo, por consiguiente, se articula en torno a dos grandes apartados. En el primero de ellos se reflexiona sobre la propiedad de la tierra en América Latina y la influencia que la revolución verde, los grandes latifundios y la agroindustria tienen en la miseria del pequeño y mediano campesino y, por supuesto, en la tendencia hacia el monocultivo de exportación y la consecuente reordenación territorial de los aprovechamientos agrícolas, ganaderos y forestales de muchas áreas de la región.

El segundo apartado está dedicado al estudio de las causas y consecuencias que exhibe el vigente modelo agroexportador y sus repercusiones sobre la dependencia aliment-

ticia de los países, la transformación de sus aprovechamientos agropecuarios y la integridad ambiental de sus ecosistemas, pues la vocación exportadora de la agricultura latinoamericana representa un foco considerable de pobreza rural y destrucción ecológica.

## **LA PROPIEDAD DE LA TIERRA: UN FACTOR COADYUVANTE EN LA REORGANIZACIÓN DE LOS USOS AGROPECUARIOS**

Desde la época colonial, la inserción de América Latina en la economía y el comercio mundiales siempre estuvo determinada por unas relaciones dependientes centro-periferia. Su estructura productiva se organizaba conforme a lo que demandaba la metrópoli sin que importara lo más mínimo la sobreexplotación o los desequilibrios económicos, sociales, ambientales y territoriales. La conquista de portugueses y españoles introdujo ritmos de trabajo y técnicas que hacían posible el expolio de las riquezas naturales sin más límite que la voracidad del mercado.

La consecución de la independencia política de los países latinoamericanos fue una mera cuestión formal, ya que en la práctica las potencias coloniales conocían la imposibilidad de que estos países pudieran llevar a cabo una vida económica autónoma dada la necesidad de importar tecnología y solicitar préstamos. Por ello, la inserción de los países latinoamericanos en el sistema capitalista mundial no ha sido diferente de la de los países colonizados por Europa desde finales del siglo XIX, puesto que vendían materias primas y compraban productos manufacturados a la metrópoli del mismo modo que las colonias. La presencia del capital extranjero siempre fue determinante para financiar las instalaciones productivas y las infraestructuras y equipos necesarios que facilitarían el acarreo de las mercancías (Bulmer-Thomas, 1998).

En el mantenimiento de las relaciones coloniales en América Latina tras su emancipación decimonónica fue fundamental el papel representado por las nuevas oligarquías: los criollos, quienes ampliaron su participación en el comercio mundial suministrando materias primas y alimentos a los países centrales que iniciaban la revolución industrial. Las potencias coloniales clásicas, como Francia o Gran Bretaña, siempre estuvieron convencidas de que la mejor forma de abrir mercados pasaba por la creación de una elite "occidentalizada" que estuviera sujeta al progreso económico dictado por ellas y fuera indiferente a las consecuencias sobre la vida de la mayor parte de la población.

A partir del final de la Segunda Guerra Mundial la expansión del capital transnacional subordina a sí mismo los recursos agropecuarios, mineros y forestales de Latinoamérica y del mundo subdesarrollado en general, aunque esto supusiera como condición previa el control político, económico, financiero e incluso militar. La explotación masiva de estos recursos sólo persigue la máxima rentabilidad inmediata aun a costa de provocar graves desequilibrios ecológicos y extender la pobreza entre la población autóctona.

A este respecto no se puede olvidar la proliferación de dictaduras militares en Latinoamérica durante las décadas de los años sesenta y setenta del siglo XX, ya que es en este momento cuando se ejecutan esas políticas liberales, tan indispensables para el capital internacional, cuya condición previa fue la desarticulación de las organizaciones de trabajadores y el exterminio de cualquier oposición política. La ausencia de instituciones y control democráticos provoca que la organización de la producción corra a cargo de una elite ligada a los intereses económico-financieros de cada país y del

mundo. Así, la existencia de una economía volcada hacia los mercados exteriores de productos agropecuarios y materias primas y la concurrencia en el ámbito internacional con los países más desarrollados obliga a un aumento creciente de la productividad que hace difícil el equilibrio socioecológico de la región (Segrelles, 2001).

### **La revolución verde: una “modernización” agraria cada vez más cuestionada**

Un fenómeno clave en el proceso mencionado fue sin duda el inicio y posterior desarrollo de la denominada *revolución verde* en los países latinoamericanos durante las décadas de los años cincuenta y sesenta del siglo XX. Los profundos cambios que se producen en los sectores agropecuarios de la región han constituido hasta el día de hoy un foco fundamental de dependencia y degradación ambiental, toda vez que el modelo agrario impuesto, basado en la intensificación productiva mediante la utilización masiva de tecnologías modernas e importadas, es sustentado por varios pilares: la mecanización de las labores, el riego, el uso de enmiendas y fertilizantes químicos, la bioingeniería genética (semillas seleccionadas) y el empleo de productos fitosanitarios. Según M. Piña (2000), es así como la *revolución verde* integra la actividad agraria latinoamericana en los métodos intensivos de producción y en las corporaciones transnacionales de Estados Unidos, ya que los medios de producción debían ser importados del mercado norteamericano. A partir de este momento la agricultura comienza a albergar relaciones de producción y trabajo y pautas de desarrollo, cuya esencia es el aumento de la rentabilidad, semejantes en cualquier caso a las que imperan en la gran industria capitalista, hecho que no sólo provoca la esquilación de la tierra, sino también la del trabajador agrícola (Segrelles, 2005).

Resulta evidente el papel primordial representado por los países desarrollados, sobre todo Estados Unidos, en la industrialización de la agricultura en América Latina como parte de una estrategia de revitalización del sistema capitalista en el mundo. Varias instituciones, como la Fundación Rockefeller, la Fundación Ford o el Banco Mundial, identificadas con los intereses de las firmas transnacionales, divulgaron métodos y técnicas destinados a aumentar la producción y la productividad en la agricultura del Tercer Mundo. La coartada fue la necesidad de acabar con el hambre en los países pobres en un corto periodo de tiempo, pero eso sí, utilizando la tecnología y los métodos de producción y trabajo desarrollados por los países ricos, que debían, además, ser adquiridos a unos precios elevados y sin tener en cuenta que esto no siempre era lo más indicado para las condiciones socioeconómicas de los agricultores latinoamericanos. Aunque la *revolución verde* fue idealizada como salvadora del obstáculo que suponía la incapacidad tecnológica de la agricultura subdesarrollada, en el ánimo de los países ricos y de sus empresas transnacionales no estaba precisamente, como señalaba A. P. Guimarães en 1979, la ayuda a los países atrasados para destruir el mayor de todos sus obstáculos: las estructuras agrarias tradicionales.

Como era de esperar, la *revolución verde* no eliminó el hambre ni la miseria en el campo latinoamericano, pero agrandó las diferencias entre agricultores pobres y agricultores ricos y estimuló la concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos, elevando su precio y el de los arrendamientos, al mismo tiempo que se incrementaba la deuda externa de estos países. La utilización masiva de insumos y el empleo de variedades genéticas de alto rendimiento (a veces todo ello de forma innecesaria y desmedida)

da) condujo al endeudamiento de la campesinos latinoamericanos, a un aumento de los costes de producción, al monocultivo, a la dependencia alimenticia y al deterioro del medio natural.

Por otro lado, la progresiva unificación del mercado mundial y la tendencia a la baja de los precios reales de los productos agropecuarios no parece que vayan a llevar a la agricultura campesina por el camino de las inversiones productivas ni por el del crecimiento de la productividad. Cada vez son menos capaces de invertir en equipos competitivos, ni siquiera de comprar semillas seleccionadas, abonos o pesticidas, y por ello se ven obligados a hacer duros sacrificios para renovar un mínimo las herramientas indispensables. Incluso tienen que ampliar tanto como sea posible la superficie de los cultivos destinados a la venta y reducir el espacio dedicado a los cultivos de subsistencia. Es más, el bloqueo para su desarrollo impuesto por la competencia de las agriculturas capitalizadas y productivas de los países ricos y el descenso paulatino de los precios agropecuarios internacionales conducen a estos campesinos mal equipados a una crisis aguda que se manifiesta en la descapitalización, el consumo precario y la escasa alimentación.

El atraso y la precariedad de la agricultura campesina aumentan sin cesar. Incluso se ve afectada por un proceso selectivo que empobrece sin remisión a los agricultores y los obliga a abandonar su hábitat y su medio de vida para engrosar la masa que emigra a las ciudades o al extranjero. Una gran parte de la responsabilidad de esta situación se debe adjudicar al progresivo despojo de la tierra a los campesinos, fenómeno que ha jalonado la historia socioeconómica de los países latinoamericanos (Jacob, 1969). Lo que no puede el mercado con sus mecanismos, lo consiguen las expropiaciones forzosas, a menudo violentas, por parte de las políticas gubernamentales, las corporaciones transnacionales y los propios terratenientes locales. En este sentido, la situación no ha cambiado demasiado hoy en día en el agro latinoamericano pese a que la izquierda teórica ha vencido, desde el año 2000, en las elecciones de varios países de la región, como es el caso de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Nicaragua, Panamá, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

Además, la propaganda y los medios de comunicación difunden que para conseguir la modernización agrorrrural es necesaria la desaparición de la agricultura campesina por ser arcaica, ineficaz e inútil para el sistema. Para ello, cualquier método es válido: los obstáculos constantes para acceder a los créditos y por consiguiente a los insumos, la expropiación de la tierra, la privatización de los recursos más productivos, la extorsión, las amenazas, las sistemáticas campañas de prensa para desprestigiar las reivindicaciones agrarias ante la opinión pública, los juicios injustos, la prisión, la criminalización de los movimientos campesinos e incluso el asesinato (Mañano, 2000; Souza, 2000).

### **La concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos**

El resultado del proceso histórico arriba mencionado y de sus manifestaciones actuales es una casi absoluta concentración de la tierra en unas pocas manos, sobre todo en algunos países. Sirva como ejemplo que a finales de la década de los años noventa del siglo XX el índice de Gini de concentración de la tierra era, según los datos de la FAO/PNVD, de 0,940 en Paraguay, 0,860 en Brasil, 0,550 en Argentina, 0,550 en Uruguay y 0,550 en Chile. Sin embargo, estos valores eran de 0,400 en Estados Unidos y 0,300 en los Países Bajos.

Aparte de la inhibición de los gobiernos en materia agropecuaria, la búsqueda de las economías de escala por parte de los complejos agroindustriales mediante el aumento constante de la productividad, los rendimientos y el tamaño físico de las explotaciones, así como las necesidades dimensionales de la base agraria del modelo agroexportador, crean una situación muy típica de Latinoamérica en la que unos pocos acumulan mucha tierra y una legión de agricultores pequeños apenas tiene superficie para sobrevivir. A todo ello no es ajena la “megalomanía rural” de las oligarquías (Stédile, 1997), que desde siempre han identificado la proyección política y el prestigio social con la posesión de grandes extensiones de tierra, aunque ésta no sea su principal fuente de ingresos ni les inquiete demasiado su explotación económica. Es de una lógica cruel que aquellos que poseen mucha tierra y no dependen de ella para sobrevivir se preocupen muy poco de hacerla productiva, utilizándola fundamentalmente para la especulación, como reserva de valor o como simple instrumento de poder. Esto, sin duda, resulta anacrónico, paradójico y contradictorio en estos países en los que existen importantes contingentes de agricultores sin tierras, trabajadores rurales desempleados e incluso pequeños productores subempleados en sus propios minifundios, que al final se verán empujados a ocupar tierras marginales u obligados a emigrar, bien a las áreas metropolitanas, bien al extranjero.

La desequilibrada distribución de la propiedad de la tierra es un fenómeno enquistado en la vida rural de la mayoría de los países latinoamericanos que no deja de agravarse con la aplicación de las recientes políticas neoliberales. Al amparo de la debilidad del Estado, casi siempre rehén de las potencias centrales y de los organismos financieros internacionales, las grandes propiedades continúan ampliando su extensión por medio de la absorción de los predios menores, fenómeno que en su día J. G. da Silva (1978) denominó “fagocitosis rural”.

Asimismo, en la expansión del monocultivo y el predominio de la gran propiedad tiene una influencia absoluta el modelo comercial representado por lo que se denomina la gran distribución organizada (GDO), es decir, grandes corporaciones globales (Carrefour, Auchán, Intermarché, Wal-Mart, Ahold, Metro, Delhaize) que controlan la mayor parte de la distribución agroalimentaria mundial e imponen sus condiciones, tanto a los productores como a los consumidores, y tanto en los países ricos como en los subdesarrollados.

Por un momento podemos imaginar que los gobernantes del mundo deciden que quieren acabar con el hambre de una vez por todas y que para ello optan por la mejor estrategia posible: la soberanía alimenticia (Chonchol, 1991). Podemos seguir fantaseando acerca de que en todo el planeta se llevan a cabo auténticas reformas agrarias y que los campesinos tienen acceso a los recursos productivos. Incluso imaginemos que se potencian los modelos de producción diversos, familiares, sostenibles y remuneradores y que los agricultores familiares consiguen grandes cantidades de alimentos sanos, nutritivos y culturalmente apropiados, pero... ¿a quién van a vender estos productos? ¿Quién los transformará, distribuirá y venderá?

A este respecto no se debe olvidar que la GDO es un mecanismo de cooperación capitalista que consiste en un contrato entre el productor, el transformador y la cadena de distribución para ofrecer al cliente de la misma un producto alimenticio con unas determinadas características y un formato específico. Los productores elegidos no son, obviamente, los agricultores familiares ni los modelos de producción basados en la agricultura y la ganadería sostenibles e integradas en los ecosistemas. La GDO prefiere, sin

duda, al llamado productor “global”, es decir, una gran propiedad intensiva e industrializada, ligada con la agroindustria y capaz de ofrecer grandes cantidades de productos homogéneos y con unas características definidas por estas cadenas de distribución, precios bajos, economías de escala, flexibilidad en la oferta y poder financiero para sopor-  
tar los contratos.

## **LA DEPENDENCIA ALIMENTICIA, EL MODELO AGROEXPORTADOR Y EL DETERIORO AMBIENTAL**

La denominada *teoría de la dependencia* ha dado lugar a rigurosos estudios desde comienzos de la década de los años setenta del siglo XX (Dos Santos, 1970; Cardoso, 1972; Amin, 1976; Cardoso y Faletto, 1979; Furtado, 1986; Vidal, 1996). De un modo u otro, todos estos autores afirman que la forma y condiciones en que los países subdesarrollados se insertaron en la economía mundial han determinado tradicionalmente su carácter dependiente. Por ello, aunque el modelo neoliberal se fundamenta en la creencia de que el mejor estímulo para el desarrollo reside en la apertura económica y la liberalización comercial, L. Llambí indicaba en 1990 que América Latina se ha visto sometida desde comienzos del siglo XX a otras dos estrategias globales: un modelo liberal que se ha basado en la exportación de materias primas y alimentos a los países ricos y un modelo de industrialización sustitutiva de las importaciones y basado en el proteccionismo.

Sin embargo, en la actual división internacional del trabajo aparecen varios países ricos, como Canadá, Estados Unidos y los socios de la UE continental, que son grandes productores y exportadores de alimentos básicos (cereales, carnes, lácteos), mientras que varias naciones no desarrolladas, como Brasil, Colombia, México o Venezuela, han perdido la autosuficiencia alimenticia y se han transformado en notables importadores de alimentos y, al mismo tiempo, en destacados exportadores de productos que complementan el consumo de la población de los países ricos (hortalizas de México, frutas de Chile, cítricos de Brasil, flores de Colombia y Ecuador), o bien venden materias primas que se destinan a la fabricación de piensos compuestos para la ganadería intensiva de estos mismos países industrializados (cebada de Argentina y sobre todo soja de Argentina, Brasil y Paraguay).

### **La generalización del modelo agroexportador y el retroceso de los cultivos alimenticios**

En el cuadro 1 se observa la evolución reciente de las exportaciones de los diez principales productos de la economía colombiana según su participación porcentual. En primer lugar, llama la atención el paso que se ha dado hacia la diversificación comercial, pues en 1970 el 63,5 % de las exportaciones estaban representadas por el café y tenían una componente primaria notable. En 2004, aunque sigue siendo importante el comercio exterior de materias primas, ya se aprecia un aumento de las manufacturas y una menor dependencia de unos pocos productos. No obstante, el petróleo crudo representa el 10,6 % de las ventas en el exterior, porcentaje que se eleva hasta el 28,5 % si se añade el carbón.

**Cuadro 1. Colombia. Exportaciones de los diez principales productos según su participación porcentual. Años. 1970, 1990 y 2004**

	1970	1990	2004
Petróleo	8	22,8	17,9
Carbón		7,9	10,6
Derivados petróleo	2	6,1	7,3
Café	63,5	20,9	5,8
Flores		3,4	4,2
Otras ferroaleaciones		2,4	3,8
Productos de polimerización			3,6
Oro			3,4
Plátanos	2,5	4,7	2,6
Ropa caballero			1,6
Ganado vacuno	2,3		
Azúcar	1,9	1,9	
Tortas y harinas oleaginosas	0,8		
Tabaco en bruto	1		
Algodón en rama	4,7		
Otros tejidos algodón	0,8		
Otras piedras preciosas		1,7	
Ropa señora		3,3	
Total diez productos principales (%)	87,5	75,1	60,8
Valor exportaciones (millones dólares)	735,7	6.765,00	16.729,10

Fuente: *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe 2005*, CEPAL-ECLAC. Elaboración propia.

Sin embargo, lo más llamativo para las conclusiones de la cuestión aquí estudiada se centra en las recientes y dinámicas exportaciones de flores cortadas. En tan sólo cuarenta años de actividad, Colombia se ha convertido en el segundo exportador mundial de flores, tras los Países Bajos. Las ventas de flores colombianas en el exterior comenzaron en 1965, aunque este producto no aparece entre los diez principales capítulos de las exportaciones del país, con un discreto 1,3 % respecto a las ventas totales, hasta diez años después, es decir, en 1975. En 1990 este porcentaje ya era del 3,4 % y en 2004 del 4,2 %. Si a este último porcentaje se suman el del café (5,8 %), pese a su importante reducción respecto a 1990, y el de los plátanos (2,6 %) se obtiene un valor relativo del 12,6 %, lo que demuestra de forma fehaciente el avance de los cultivos comerciales y la consiguiente reorganización de los aprovechamientos agropecuarios que esto conlleva.

**Cuadro 2. Ecuador. Exportaciones de los diez principales productos según su participación porcentual**

	1970	1990	2004
Petróleo		46,4	50,3
Plátanos	43,9	17,4	13,2
Flores			4,6
Conservas pescado		1,1	4,6
Crustáceos y moluscos	0,9	12,6	4,3
Derivados petróleo		5,5	2,9
Aceites y productos de la destilación de la hulla			1,4
Cacao en grano	11,7	2,7	1,3
Pescado fresco	1,2	1,9	1,1
Extractos de café			0,9
Ganado vacuno	1,4		
Azúcar	4,2		
Café	26,3	4,4	
Manteca cacao	0,9	0,8	
Semillas ricino	0,9		
Troncos para aserrar	1,5		
Pasta cacao		1	
Total diez productos principales (%)	92,9	93,8	84,6
Exportaciones (millones dólares)	189,9	2.714,40	7.752,70

Fuente: *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe 2005*, CEPAL-ECLAC. Elaboración propia.

En 1965, las ventas de flores colombianas experimentaron un retorno de 20.000 dólares, mientras que en 2004 esta cifra es de 580 millones de dólares. Estados Unidos es el principal destino, ya que demanda el 84 % del total de sus exportaciones florícolas, lo que se traduce en 472 millones de dólares y 141.700 toneladas de transporte aéreo. El segundo comprador de flores de Colombia es la UE, con una participación del 9,8 % en sus ventas que representan 57 millones de dólares.

Más acusado si cabe es el caso de Ecuador (cuadro 2), donde la concentración del comercio exterior en unos pocos productos es muy elevada aun en la actualidad (84,6 %) pese a su reducción respecto al año 1970 (92,8 %) e incluso a 1990 (93,8 %). Las exportaciones ecuatorianas están mucho más centradas en las materias primas que las colombianas, ya que los productos más representativos son el petróleo crudo, los plátanos, las flores, los crustáceos y moluscos, el pescado fresco o el cacao en grano. Aparte

del petróleo, que absorbe en 2004 más de la mitad de las exportaciones del país, las flores no están representadas en 1970 y 1990, por lo que se trata de un producto de exportación muy reciente que en poco tiempo alcanza el 4,6 % del total. A su vez, los plátanos suponen el 13,2 % del comercio exterior. Ambos capítulos mercantiles están destinados a complementar el consumo de los países ricos, mientras que la población autóctona sigue teniendo carencias nutricionales.

Respecto al comercio exterior agroalimentario, más significativa y contrastada es la situación de México en algunos productos agropecuarios (cuadro 3). La producción de maíz, leche y carnes ha aumentado de forma considerable entre 1990 y 2004 debido a los crecientes procesos de intensificación productiva. Las exportaciones también han aumentado entre ambas fechas, pues el país no escapa a los imperativos de su deuda externa y a la consiguiente necesidad de obtener dólares en el exterior a cualquier precio. Sin embargo, son mucho más acusadas las cifras de importación de estos mismos productos, hecho que se debe a las exigencias del desigual Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) firmado entre Canadá, Estados Unidos y México y a la complementación económica entre los tres países (Acuña y Alonzo, 2000).

**Cuadro 3. México. Producción, exportación e importación de algunos productos agropecuarios. Años 1990 y 2004**

	Cantidad producida (1.000 toneladas)		Cantidad exportada (1.000 toneladas)		Cantidad importada (1.000 toneladas)	
	1990	2004	1990	2004	1990	2004
Maíz	14.635,44	21.670,20	138,36	363,62	4.179,17	5.863,31
Leche entera fresca	6.456,32	10.028,23	1,18	158,19	3.304,87	3.304,87
Carne de vaca	1.113,92	1.543,09	5,81	12,18	60,14	623,82
Carne de cerdo	757,35	1.058,20	0,56	35,22	46,27	758,84
Carne de pollo	750,43	2.224,59	5,87	4,18	62,58	319,84

Fuente: *FAOSTAT*. Elaboración propia.

El TLCAN entra en vigor en 1994, aunque las negociaciones se inician en 1990. Incluso antes de esta fecha, México ya había puesto en marcha diversas medidas para adecuar su estructura productiva a las necesidades del TLCAN, o mejor dicho, a las de los socios más ricos. De este modo resulta llamativo el caso del maíz, cultivo emblemático mexicano con una gran tradición y carga cultural. México siempre fue autosuficiente en la producción maicera, incluso en algunas campañas especialmente excedentarias se permitía exportar algunas cantidades a Guatemala. Ahora debe asumir los excedentes de Estados Unidos. De ahí esa importación de más de cuatro millones de toneladas en 1990 y de casi seis millones en 2004. Con la leche sucede algo similar, pues México debe absorber los excedentes lácteos de Canadá y Estados Unidos, de forma que en algunas áreas del país, como Querétaro, se ha producido una categórica sustitución del

ganado vacuno lechero por una ganadería de aptitud cárnica con el objeto de responder a la demanda cárnica de Estados Unidos dentro de una clara división regional del trabajo (Ramírez, 1995). Tanto el caso del maíz como el de la leche representan una acusada reorganización de los espacios y usos agropecuarios del país, una importante dependencia externa, la pérdida de soberanía alimenticia y graves desequilibrios económicos y ambientales.

**Cuadro 4. Importaciones de trigo de América Latina y el Caribe y de algunos países de la región. Años 1990 y 2004**

	Cantidad (1.000 toneladas)		Valor (millones de dólares)	
	1990	2004	1990	2004
Brasil	1.966,41	4.942,05	492,99	918,66
Colombia	738,66	1.304,29	109,56	278,97
Ecuador	373,89	473,54	76,63	127,59
México	387,84	3.922,92	124,05	955,5
Perú	867,79	1.453,31	186,09	273,78
Venezuela	992,54	1.194,36	194,04	375,72
América Latina y el Caribe	8.106,48	17.360,50	1.648,81	4.152,99

Fuente: FAOSTAT. Elaboración propia.

Por otro lado, la mayoría de los países de América Latina ofrecen una elevada producción de alimentos por habitante debido en muchos casos a la tradición e importancia de la agricultura y la ganadería, a la alta disponibilidad de superficie agraria útil y a las favorables condiciones climáticas, mientras que en otros casos estas ventajas comparativas se suman al hecho de tratarse de países con una escasa densidad demográfica.

Pese a este aumento generalizado de la producción de alimentos por habitante, la dependencia alimenticia de muchos de estos países latinoamericanos es superior a la que por ejemplo muestran Estados Unidos o Canadá. Esto es especialmente llamativo en los países de América Central y también en Paraguay, Perú, Venezuela, Colombia, Brasil o México, pues no son pocos los que tienen una dependencia del exterior para su propia alimentación más acusada que Francia o los Países Bajos, o similar a la de España. Dentro de esta dependencia, como se demuestra en el cuadro 4, destacan las masivas importaciones de trigo por parte de Brasil (4.942.500 toneladas en 2004) y México (3.922.920), acordes con las cifras generales de América Latina y el Caribe, que pasa de unas importaciones de trigo de 8.106.480 toneladas en 1990 a 17.360.500 en 2004. Es decir, experimentan un crecimiento de 114,2 % entre ambas fechas. El aumento del valor de las importaciones de trigo latinoamericanas es superior al de la cantidad: 151,9 %, con lo que ello supone de desembolso para unas economías con muchos y graves problemas sociales.

Tampoco son pequeñas las cantidades adquiridas por Colombia (1.304.290 toneladas), Perú (1.453.310) o Venezuela (1.194.360) en los mercados internacionales. Estas importaciones, lejos de atenuarse, se han incrementado de forma notable durante los últimos quince años, tanto en cantidad como, por supuesto, en valor.

Todo esto demuestra de forma nítida el cambio de orientación de unos sectores agropecuarios que se dirigen a la satisfacción de la demanda de los países ricos y, por consiguiente, a la exportación, aun a costa de perder estos países su autosuficiencia alimenticia, y lo que es peor, la posibilidad de alimentar de forma adecuada a la población. De ahí la proliferación de personas desnutridas, niño sobre todo, y de individuos que literalmente mueren de hambre (Segrelles, 2004). A este respecto, B. Cassen y F. F. Clairmont (2001) indican que por ejemplo Brasil, cuyo gobierno lucha por la apertura de los mercados agropecuarios europeos (Amorim, 2006), existen sesenta millones de personas que padecen de desnutrición, y a veces mueren por esta causa.

El origen de la paradoja por la que algunos países dotados de vastas extensiones de uso agropecuario y abundantes recursos naturales, como México o Brasil, no pueden ser autosuficientes en materia alimenticia, estriba en un asfixiante endeudamiento que les obliga a conseguir divisas a cualquier precio. Asimismo, el objetivo de los planes de ajuste estructural que el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) imponen a los países con problemas de crédito se centra en que estas naciones exporten cada vez más para que no dejen de pagar los elevados intereses de sus abultadas deudas externas. Es así como muchos países latinoamericanos se ven obligados a reorientar su producción agropecuaria o a sobreexplotar sus recursos naturales, pero siempre con el norte de dirigirse a los mercados exteriores en detrimento del consumo local y el respeto ecológico.

Como ejemplo del retroceso que en poco tiempo experimentan varios cultivos de tipo alimenticio en varios países latinoamericanos puede observarse el cuadro 5, donde se plasma el porcentaje de variación de la superficie cosechada de algunas producciones agrícolas de Argentina, Brasil, Colombia, Ecuador y México entre los años 1990 y 2004, aunque lo cierto es que el retroceso de los aprovechamientos alimenticios y la expansión de los productos para la exportación ya comenzó décadas atrás.

Salvo excepciones, que siempre las hay, por regla general se produce un retroceso del trigo, el arroz, la yuca, las patatas, las batatas y los frijoles secos, es decir, productos que tradicionalmente han servido de alimento a la población. Por el contrario, aumenta la superficie dedicada a la caña de azúcar, la soja y los cítricos, o lo que es lo mismo, producciones que no paliar la desnutrición o el hambre de la población y que se destinan a los mercados exteriores. Ante todo destaca la disminución de la superficie de trigo en Colombia (-64,7 %), México (-44,4 %) y Ecuador (-42,6 %), de arroz en México (-40,8 %) y de frijoles secos en México (-19,8 %), Brasil, (-15,0 %) y Colombia (-31,8 %). También se han reducido de forma considerable las áreas cosechadas de patatas en Ecuador (-22,7 %) y México (-15,3 %).

Por su parte, los principales aumentos corresponden a las naranjas en Brasil (8,1 %), México (98,6 %), Ecuador (127,7 %) y sobre todo Colombia (301,5 %), a la caña de azúcar en Brasil (31,8 %), Colombia (35,6 %), Argentina (19,3 %) y México (12,0 %) y a la de soja en Brasil (87,5 %) y fundamentalmente en Argentina (189,6 %), país este último donde la colonización de la soja es tal que ya se empieza a decir que la Pampa se ha convertido en poco tiempo en un auténtico "océano verde".

A la luz de estos datos resulta obvio que el crecimiento de los cultivos de exportación representados por la soja, la caña de azúcar y los cítricos se realiza a costa de los

**Cuadro 5. Argentina, Brasil, Colombia, Ecuador y México. Variación de la superficie cosechada de algunos productos agrícolas. Años 1990-2004**

	Argentina	Brasil	Colombia	Ecuador	México
Arroz	45,1	-5,4	-1,9	23,3	-40,8
Avena		-49			
Caña de azúcar	19,3	31,8	35,6	-7,6	12
Cebada	124,2			-27,9	
Maíz	49,4	8,9	-26,6	-5,8	4,8
Soja	189,6	87,5	-70,4		-68,9
Patatas	-11,2	-9,9	0,3	-22,7	-15,3
Girasol	-32,2				
Sorgo	-34,9				
Trigo	-1,4	4,7	-64,7	-42,6	-44,4
Naranjas, tangerinas, mandarinas y clementinas	5,6	8,1	301,5	127,7	98,6
Batatas		-25,2			32,4
Frijoles secos		-15	-31,8	61,5	-19,8
Yuca		-9,4	-14,7	-0,9	290,2
Café				-44	
Cacao				-13,4	
Plátano y banano				16,9	

Fuente: FAOSTAT. Elaboración propia.

productos destinados a la alimentación. No obstante, el aumento del área ocupada por los cultivos comerciales ofrece una relativa moderación, salvo en algunos casos especialmente fuertes, porque el mayor crecimiento superficial se produjo durante las décadas de los años setenta y ochenta del siglo XX. Con todo, todavía se percibe en la última década que este proceso de desarrollo territorial y productivo dista bastante de haber concluido, por lo menos mientras la demanda de los países ricos, que es el principal destino de estas exportaciones, no sufra grandes modificaciones. Esta demanda deviene fundamental para que los países latinoamericanos puedan ingresar los dólares que necesitan para amortiguar los estragos socioeconómicos de sus deudas externas.

### La deuda externa y la expansión de los cultivos comerciales

En el cuadro 6 se muestra no sólo el notable crecimiento de la deuda externa total de América Latina y el Caribe y de los países de la región más significativos por el monto

de su deuda, sino también el porcentaje del Producto Interior Bruto (PIB) que representa dicha deuda. En cuanto a la deuda externa total, Brasil va a la cabeza con más de 200.000 millones de dólares, seguido de Argentina (171.000 millones) y México (139.122 millones). La deuda de estos tres países representa el 66,5 % de la deuda externa total de América Latina y el Caribe. Aparte del exagerado caso argentino, cuya deuda externa representa en 2004 el 111,8 % de su PIB, estos valores son más elevados en Chile, Colombia, Perú o Venezuela que en Brasil o México, que están por debajo de la media latinoamericana, tanto en 1990 (38,8 %) como en 2004 (37,7 %).

**Cuadro 6. Deuda externa total y deuda externa como porcentaje del Producto Interior Bruto (PIB) de América Latina y el Caribe y de algunos países de la región. Años 1980-2004 y 1990-2004**

	Deuda externa total (millones de dólares)		Deuda externa como porcentaje del PIB (%)	
	1980	2004	1990	2004
Argentina	27.162,00	171.115,30	47,9	111,8
Brasil	64.000,00	201.373,00	26,5	33,3
Chile	11.207,00	43.283,00	55,4	46
Colombia	6.805,00	39.459,70	37,6	40,5
México	50.700,00	139.122,40	40,6	20,6
Perú	9.595,00	31.116,90	78,1	45,5
Venezuela	26.963,40	44.546,00	75,5	40,6
América Latina y el Caribe	223.249,40	768.968,30	38,8	37,7

Fuente: *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe 2005*, CEPAL-ECLAC. Elaboración propia.

Este problema constituye un círculo vicioso de difícil solución, lo que supone una hipoteca continua para sus economías y una dependencia absoluta del comercio de exportación. Aunque la fecha más actual que ofrece la CEPAL en su Anuario 2005 es el año 2004, se debe tener en cuenta que Argentina y Brasil han abonado gran parte de su deuda externa en la actualidad, en gran medida con la ayuda financiera de Venezuela. Pese a ello, las reflexiones aquí vertidas acerca del problema que representa la deuda externa de los países latinoamericanos en las recientes transformaciones de los aprovechamientos agropecuarios y en su orientación agrícola son perfectamente válidas.

El crecimiento económico latinoamericano posterior a la Segunda Guerra Mundial duró algo más de tres décadas, pues en los años ochenta se estancó, de forma que fue la región del mundo en la que menos creció la economía, dando lugar a lo que se ha denominado la *década perdida* (García Pascual, 1999). Esto se explica fundamentalmente

por el problema vinculado a las crecientes deudas externas de estos países y por las estrategias de las instituciones financieras internacionales y los países acreedores respecto a ellas. Aunque las dificultades derivadas de la deuda externa han afectado a la práctica totalidad de América Latina, es precisamente en los países con mayor grado de industrialización y complejidad económica (Argentina, Brasil y México) donde el problema se ha mostrado más agudo.

Muchos países se ven en la obligación de contraer nuevas deudas, que son concedidas de forma selectiva y siempre que el país endeudado permita la gestión de su economía al FMI, es decir, una institución al servicio de las naciones dominantes, sobre todo de Estados Unidos. Los nuevos fondos prestados se destinan al pago del servicio de la deuda, lo que supone una carga insoportable para los países pobres, que se ven inmersos dentro de un círculo vicioso de difícil solución. Sólo una pequeña parte del nuevo dinero, y siempre que sobre, se aplica en el desarrollo del país o en el bienestar de la población. Asimismo, el Club de París, cartel opaco de los países ricos acreedores, se encarga de renegociar la deuda pública bilateral de los países deudores que tienen dificultades de pago. Su fría lógica financiera se suma a la del FMI y a la del BM, que de hecho controlan numerosas economías subdesarrolladas (Millet y Toussaint, 2006).

A este respecto, N. Chomsky, en una entrevista radiofónica concedida a la emisora estadounidense *Alternative Radio* en abril de 2000, calificó la deuda externa del Tercer Mundo como una "construcción ideológica" y no como una mera cuestión económica, ya que en muchas ocasiones, como sucedió en Argentina, son contraídas por regímenes ilícitos (por ejemplo, las dictaduras militares) en los que los préstamos son solicitados por unos pocos centenares de individuos que se sitúan alrededor de la cúpula dirigente, mientras que después la deuda es socializada por el FMI, de forma que los que acaban pagando son los contribuyentes de los países ricos y el pueblo de los países pobres, lo que significa para estos últimos una creciente situación de ajustes opresivos, pobreza y sufrimiento (Lozada, 2002).

Además, se debe tener en cuenta que cuando un país remite una cantidad determinada de dólares para el pago de los intereses de su deuda externa, lo que está enviando también al exterior es una cierta cantidad de recursos naturales y trabajo humano incorporado. Dado que, en general, la exportación de manufacturas y servicios es pequeña, estos países se ven obligados a enviar una creciente cantidad de recursos naturales con el objeto de recaudar divisas que servirán para pagar parte de estas deudas y sostener el modelo productivo vigente.

En este contexto, y pese al deterioro progresivo de los espacios rurales, la agricultura, los ecosistemas y la soberanía alimenticia que conlleva la obsesión exportadora, muchos gobiernos de los países latinoamericanos no han defendido los intereses de sus sociedades, sino que aparte de ejercer de meros tutores de la liberalización económico-comercial, han sido auténticos rehenes del FMI, del Club de París y de sus políticas de ajuste, actuando como voceros de la oligarquía, los exportadores locales y las empresas transnacionales radicadas en su territorio.

En el caso concreto brasileño, según M. B. David *et alii* (1999), la necesidad de reducir el déficit público y las reformas efectuadas a comienzos de la década de los años noventa del siglo XX provocaron la suspensión de numerosos programas de apoyo a la agricultura y la drástica retirada del gobierno de la esfera agrícola, hecho que se encontraba en consonancia con la expansión del neoliberalismo en el mundo y la consiguiente disminución de las intervenciones estatales en materia socioeconómica. Al mismo

tiempo, como ya se ha indicado arriba, la concurrencia en los mercados internacionales fomentó el cultivo de ciertos productos de exportación, como la caña de azúcar, los cítricos o la soja, en detrimento de las producciones susceptibles de alimentar a la población (trigo, arroz, frijoles, yuca), que se estancan o incluso retroceden en los campos y deben ser importadas.

Por lo que respecta a la caña de azúcar, su expansión no sólo está relacionada con el comercio de exportación, sino también con la obtención de etanol, es decir, un alcohol que se utiliza como combustible para la automoción. Casi el 55 % de la caña brasileña se destina a esta producción desde que en 1975 se creó el Programa Nacional do Alcool (Proálcool) con el objeto de disponer de una fuente de energía alternativa ante la profundidad de la crisis del petróleo que tuvo lugar en la primera mitad de la década de los años setenta del siglo XX y la fuerte dependencia que entonces tenía el país de la importación de crudo (Moura, 1986). En cualquier caso, tenga como meta la exportación de azúcar o la obtención de etanol, la caña ocupa espacios agrarios que deberían estar dedicados a los cultivos para el consumo local, sobre todo si se considera la legión de desnutridos y hambrientos existente.

Por último, es cierto que Brasil ha sido históricamente importador de trigo (Dorfman, 1995), pero el Estado podría haber intentado equilibrar mejor el incremento del consumo nacional y el fomento de su cultivo con el fin de utilizar las tierras más idóneas y asegurar la autosuficiencia alimenticia del país de forma sostenible, es decir, sin aplicar métodos intensivos de producción agropecuaria y sin agredir a los espacios forestales (Segrelles, 2001).

## La deforestación y el deterioro de los ecosistemas naturales

El cuadro 7 es una muestra muy elocuente del retroceso que ha experimentado la superficie forestal de América Latina, puesto que no en vano entre 1980 y 2005 se han perdido casi 69 millones de hectáreas de bosque. Además de Honduras, que tiene el dudoso honor de tener las tasas de variación más elevadas de toda Latinoamérica (-26,5 en 1990-2000 y -37,1 en 1990-2005), destacan por sus pérdidas Ecuador, Brasil, Paraguay y Venezuela, aunque lo cierto es que el retroceso de las masas boscosas es generalizado. Con todo, en 2005, en Brasil descendió la tasa de deforestación ilegal por primera vez en casi diez años debido a los esfuerzos del gobierno por atajar la corrupción y la tala ilegal de madera. Para ello se han creado áreas protegidas en regiones clave que actúan como barreras contra la destrucción (Greenpeace Internacional, 2006).

Por su parte, en países como Chile o Uruguay las tierras consagradas al bosque han aumentado de forma sensible porque la industria forestal se ha convertido en uno de sus principales capítulos económicos y comerciales. Según los datos del *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe 2005*, editado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Uruguay ha aumentado su superficie forestal en 383.000 hectáreas entre 1990 y 2005, con una tasa de variación de 34,1; el aumento chileno se cifra en 858.000 hectáreas en las mismas fechas y su tasa de variación en 5,6.

De todos modos, esta reforestación implica graves problemas ambientales, pues en Uruguay se colonizan las antiguas tierras agrícolas y ganaderas con especies poco aptas (eucaliptos), mientras que en Chile las nuevas plantaciones forestales se realizan a costa del bosque nativo o natural, cuya disminución es de 62.000 hectáreas entre 1990 y 2005.

**Cuadro 7. Superficie forestal, proporción de la superficie cubierta por bosques y variación acumulada en América Latina y el Caribe y en algunos países de la región. Años 1990 y 2005**

	Superficie de bosque (1.000 hectáreas)		Proporción de la superficie cubierta por bosques (%)		Variación acumulada de la superficie forestal (tasa de variación)	
	1990	2005	1990	2005	1990-2000	1990-2005
Bolivia	62.795	58.740	57,9	54,2	-4,3	-6,5
Brasil	520.027	477.698	61,5	56,5	-5,2	-8,1
Chile	15.263	16.121	20,4	21,5	3,7	5,6
Costa Rica	2.564	2.391	50,2	46,8	-7,3	-6,7
Ecuador	13.817	10.853	49,9	39,2	-14,3	-21,5
Honduras	7.385	4.648	66	41,5	-26,5	-37,1
México	69.016	64.238	36,2	33,7	-5	-6,9
Paraguay	21.157	18.475	53,3	46,5	-8,5	-12,7
Uruguay	1.123	1.506	6,4	8,6	25,5	34,1
Venezuela	52.026	47.713	59	54,1	-5,5	-8,3
América Latina	984.341	915.494	49,1	45,6	-4,6	-7

Fuente: *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe 2005*, CEPAL-ECLAC. Elaboración propia.

Aunque la expansión de las tierras agropecuarias sea la principal causa de deforestación en la región, tanto por imperativo del comercio agroalimentario de exportación como por las necesidades de supervivencia de las comunidades rurales empobrecidas, no se debe minimizar la influencia que en la destrucción de las selvas y bosques tiene el crecimiento económico, la urbanización y la industria maderera, controlada por los países ricos, así como el creciente consumo de madera y papel del mundo desarrollado, que es doce veces superior al de los países subdesarrollados. Las empresas transnacionales de la madera, después de casi acabar con la mayor parte de los bosques tropicales de África y Asia, se han trasladado recientemente a estas regiones latinoamericanas utilizando métodos de tala y extracción muy agresivos para el ambiente. Estas firmas construyen carreteras con maquinaria pesada para acceder a sus fuentes de aprovisionamiento y abren el camino a otros procesos de deforestación como la agricultura y la ganadería.

La dimensión del problema forestal es tan grande y genera tales repercusiones negativas en las sociedades rurales y los ecosistemas que desde hace algún tiempo es motivo de atención prioritaria por parte de diversos organismos internacionales. Así, el Plan Estratégico de la FAO para la Silvicultura afirma que el desafío más importante del sector forestal a medio plazo es conseguir el equilibrio del aumento de la demanda de productos madereros y no madereros con una vasta gama de servicios ambientales, socia-

les y culturales, reconociendo el papel vital de los bosques y los árboles en la seguridad alimenticia, el empleo rural, la conservación del suelo y los recursos acuíferos, la atenuación de los cambios climáticos y la conservación de la diversidad biológica.

En 1991, cuando comenzaba a difundirse y consolidarse el concepto de mundialización en el planeta, aún no había concluido la Ronda Uruguay del GATT y, por lo tanto, no había entrado en vigor la OMC, los ecólogos G. C. Gallopín, M. Winograd e I. A. Gómez construyeron un modelo de simulación matemática acerca de la evolución de los ecosistemas de América Latina entre los años 1980 y 2030. Los resultados de este modelo, tal como se refleja en el cuadro 8, muestran una tendencia preocupante que profundizará el deterioro ambiental debido al aumento de la intensificación productiva a la que conducirá la liberalización progresiva de los mercados mundiales, o lo que es lo mismo, los ecosistemas actuales se verán, según indica E. Leff (1998), profundamente perturbados en el futuro inmediato como consecuencia del proceso de acumulación capitalista, ya sea por la introducción de cultivos inapropiados, la generalización del monocultivo, el aumento de la intensificación agrícola y ganadera, la expansión de áreas forestales inadecuadas, los crecientes ritmos de explotación de los recursos, los efectos destructivos de la aplicación indiscriminada de tecnologías duras o el avance de las fronteras agropecuarias para crear nuevos espacios de producción.

En cualquier caso, la situación de 1980, donde los ecosistemas *naturales* (áreas no perturbadas de vegetación primaria y áreas perturbadas en el pasado pero actualmente con una vegetación similar a la original) y *alterados* (áreas modificadas por la acción del hombre para explotar recursos agrícolas, ganaderos y forestales pero que coexisten con el ecosistema original y con una vegetación secundaria) representaban el 62,7 % de la superficie total, va a sufrir un vuelco categórico, sobre todo en las zonas tropicales y subtropicales. No en vano aquí se encuentran en la actualidad los ecosistemas con el grado de deterioro más avanzado del continente: la Amazonia, la *mata* atlántica brasileña, el Chocó colombiano, Centroamérica, la zona occidental de Ecuador y el bosque húmedo del área oriental de Paraguay.

El retroceso de los ecosistemas vírgenes y semivírgenes tiene como causa principal el avance de las tierras *agrícolas* y *ganaderas*, que en conjunto experimentarán una variación positiva del 25,4 %, con lo cual ocuparán el 43,0 % de toda la superficie latinoamericana. En el caso concreto de Brasil, el Congreso está tramitando un proyecto que reducirá la superficie de la selva amazónica en un 50 %, tal vez animados por la todavía elevada proporción que en el país tiene la superficie cubierta por bosques (56,5 % en 2005). El área deforestada se utilizará con prioridad para la agricultura y la creación de pastos para el ganado, es decir, producciones que no serán para el consumo interno sino para la exportación. Téngase en cuenta que la producción brasileña de leche ha pasado de 15 millones de toneladas en 1990 a 23,5 millones en 2004, mientras que la de carne vacuna, que suponía 4,1 millones de toneladas en 1990, en la actualidad casi alcanza 8,8 millones. De continuar esta tendencia, los aprovechamientos agropecuarios llevarán consigo graves problemas ambientales derivados de la deforestación, ya que la acidez edáfica en la Amazonia y las constantes lluvias tropicales impiden el uso del suelo si desaparece la selva.

Los *eriales*, que son aquellas áreas con serios procesos antrópicos de erosión y desertización y deterioro irreversible, aumentarán su presencia de forma significativa, pues la intensificación del uso de la tierra en las zonas áridas provocará el aumento de estas superficies a expensas de los ecosistemas alterados, dentro de los cuales se intensifican

**Cuadro 8. Modelo de simulación sobre la evolución de los ecosistemas de América Latina. Años 1980 y 2030**

<i>Ecosistemas</i>	<b>1980 (%)</b>	<b>2030 (%)</b>	<b>Variación (%)</b>
Natural	40,6	30,0	-26,1
Alterado	22,1	21,0	-5,0
Agrícola	7,5	11,0	46,7
Ganadero	26,8	32,0	19,4
Erial	2,0	3,2	60,0
Plantaciones	0,3	1,5	400,0
Urbano	0,7	1,3	85,7
TOTAL	100,0	100,0	

Fuente: GALLOPIN, G. C., WINOGRAD, M. Y GÓMEZ, I. A. (1991): *Ambiente y desarrollo en América Latina: problemas, oportunidades y prioridades*, Buenos Aires, Grupo de Análisis de Sistemas Ecológicos (GESA).

las actividades agrícolas de subsistencia, lo que incrementa la difusión de la pobreza rural y la huida de la población hacia las saturadas megalópolis.

Las *áreas urbanizadas* aumentarán tanto por el crecimiento vegetativo de la población como por los movimientos migratorios campo-ciudad, impulsados como consecuencia de la miseria rural y de los propios problemas ambientales que generará la mencionada transformación de los ecosistemas regionales.

La expansión de las áreas agrícolas y ganaderas lleva implícita la generalización del monocultivo, lo que representa la disminución al máximo de la diversidad natural de los ecosistemas que permite el mantenimiento de los equilibrios naturales. El resultado más evidente es la reducción de la diversidad biológica y la difusión de especies perjudiciales desde los puntos de vista económico, social y ambiental debido a la desaparición de los mecanismos naturales de control. Ello obliga al empleo creciente, promovido por las grandes empresas agroindustriales, de fertilizantes y pesticidas que aceleran la contaminación del suelo, el agua y el aire y generan procesos de deterioro ambiental que repercuten en la estabilidad de todo el ecosistema. Un caso significativo en muchos países de América Latina es el de la soja, cultivo comercial que ha colonizado amplios espacios de la región mediante el desplazamiento de los demás aprovechamientos agropecuarios, hecho que genera serios problemas de erosión y contaminación y graves dificultades socioeconómicas, al mismo tiempo que atenta contra la independencia de los países y su soberanía alimenticia.

## CONCLUSIÓN

Aunque haya fracasado la Ronda de Doha de la OMC e Ignacio Ramonet (2006) afirma que la mundialización se acerca al final de un ciclo y que no cabe descartar de antemano una vuelta al proteccionismo debido a la creciente competencia de las empresas

chinas, coreanas, taiwanesas o indias, la globalización de los mercados y la liberalización e intensificación del comercio internacional continuarán de momento relegando a los países latinoamericanos al mero papel de abastecedores de materias primas baratas, básicas e indiferenciadas con el fin de satisfacer el aumento de la demanda mundial y las exigencias de las corporaciones transnacionales de la distribución, cuyo único objetivo es adquirir esas materias primas al mínimo precio posible bajo la excusa de una supuesta defensa de los intereses de los consumidores del mundo desarrollado.

Este proceso no sólo supondrá un paso más en la degradación de los ecosistemas regionales y la miseria del pequeño productor familiar, sino que además puede agotar en poco tiempo las posibilidades de la agricultura con el objeto de hacer frente al aumento de las exportaciones. El pago de la deuda externa, generalmente en dólares, obliga a que los países deudores desarrollen actividades muy productivas y altamente competitivas en los mercados mundiales, como la agricultura y la ganadería, incluso apoyándose en varias especies transgénicas, fundamentalmente la soja (Novás, 2005; Segrelles, 2005), hecho que sin duda tendrá consecuencias socioeconómicas y ambientales imprevisibles.

Al mismo tiempo, tanto la soja como otros cultivos comerciales (caña de azúcar, plátanos, naranjas, clementinas, mandarinas) son agentes activos de la intensa reorganización de los aprovechamientos agropecuarios que están experimentando los países latinoamericanos, puesto que su avance se produce en detrimento de los productos alimenticios para el consumo local (arroz, trigo, patatas, yuca, frijoles). Este fenómeno, alentado por la necesidad de obtener divisas, también se encuentra mediatizado por las exigencias del modelo productivo cereales-carne, cuyo norte es la satisfacción de la demanda de los países ricos, bien de forma directa bien mediante la alimentación de su ganadería intensiva.

En cualquier caso, este modelo productivo y la reorganización territorial de los aprovechamientos agrícolas y ganaderos implican una rotunda dependencia comercial, la deforestación, el deterioro ecológico, el crecimiento de la pobreza rural, la desnutrición y el hambre para muchas personas y la pérdida progresiva de la soberanía alimenticia de los países latinoamericanos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACUÑA SOTO, V. y ALONZO CALLES, M. (2000): *La integración desigual de México al TLC*, México D. F., Red Mexicana de Acción Frente al Libre Comercio (RMALC) y International Gramsci Society (IGS).
- AMIN, S. (1976): *Imperialismo y desarrollo desigual*, Barcelona, Fontanella.
- AMORIM, C. (2006): "El G-20 en la ronda de Doha", *Economía Exterior*, 37, pp. 15-20.
- BULMER-THOMAS, V. (1998): *La historia económica de América Latina desde la independencia*, México D. F., Fondo de Cultura Económica.
- CARDOSO, F. H. (1972): "Dependency and Underdevelopment in Latin America", *New Left Review*, 74, pp. 83-95.
- CARDOSO, F. H. y FALETTO, E. (1979): *Dependency and Development in Latin America*, Berkeley, University of California.
- CASSEN, B. y CLAIRMONT, F. F. (2001): "Globalización a marchas forzadas", *Le Monde Diplomatique* (edición española), 74, diciembre, pp. 6-7.

- CHONCHOL, J. (1991): *El desafío alimentario. El hambre en el mundo*, Santiago de Chile, LOM Ediciones.
- DA SILVA, J. G. (1978): *Estrutura agrária e produção de subsistencia na agricultura brasileira*, São Paulo, Hucitec.
- DAVID, M. B. et alii (1999): *Transformaciones recientes en el sector agropecuario brasileño*, Santiago de Chile, CEPAL.
- DOS SANTOS, T. (1979): "The Structure of Dependency", *American Economic Review*, 60, pp. 231-236.
- FURTADO, C. (1986): *El desarrollo económico: un mito*, México D. F., Siglo XXI.
- GALLOPÍN, G. C., WINOGRAD, M. y GÓMEZ, I. A. (1991): *Ambiente y desarrollo en América Latina: problemas, oportunidades y prioridades*, Buenos Aires, Grupo de Análisis de Sistemas Ecológicos (GESA).
- GARCÍA PASCUAL, F. (1999): "Crecimiento sin desarrollo. Análisis de la evolución socioeconómica de América Latina entre 1980 y 1998", en BRETÓN, V., GARCÍA, F. y ROCA, A. (eds.), *Los límites del desarrollo. Modelos 'rotos' y modelos 'por construir' en América Latina y África*, Barcelona, Icaria, pp. 85-137.
- GREENPEACE INTERNACIONAL (2006): *Devorando la Amazonia*, abril (<http://www.greenpeace.org/espana/reports/devorando-la-amazonia>).
- GUIMARÃES, A. P. (1979): *A crise agrária*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
- JACOB, R. (1969): *Consecuencias sociales del alambramiento (1872-180)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
- LEFF, E. (1998): *Ecología y capital*, Madrid y México D. F., Siglo Veintiuno de España Editores e Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- LLAMBÍ, L. (1990): "Transitions to and Within Capitalism. Agrarian Transitions in Latin America", *Sociologia Ruralis*, XXX, 2, pp. 174-196.
- LOZADA, S. M. (2002): "O'Neill y los despojos; Chomsky y la deuda", *Le Monde Diplomatique* (edición española), 75, enero, pp. 16-17.
- MANÇANO FERNÁNDES, B. (1996): *Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra. Formação e territorialização em São Paulo*, São Paulo, Hucitec.
- MANÇANO FERNÁNDES, B. (2000): *A formação do MST no Brasil*, Petrópolis, Vozes.
- MILLET, D. y TOUSSAINT, E. (2006): "Acredores discretos, unidos y todopoderosos", *Le Monde Diplomatique* (edición española), junio, pp. 22-23.
- MOURA, G. (1986): *A campanha do petróleo*, São Paulo, Brasiliense.
- NOVÁS, A. (2005): *El hambre en el mundo y los alimentos transgénicos*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- PIÑA CANO, M. (2000): "Límites de la agricultura sustentable en el contexto de la globalización", *XIV Congreso Internacional de Administración Agropecuaria*, Texcoco, Universidad Autónoma Chapingo, pp. 354-363.
- RAMÍREZ VELÁZQUEZ, B. R. (1995): *La Región en su diferencia: los valles centrales de Querétaro 1940-1990*, Puebla, México D. F. y Querétaro, Editorial Red Nacional de Investigación Urbana, Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Xochimilco) y Universidad Autónoma de Querétaro.
- RAMONET, I. (2006): "El nuevo estado del mundo", *Le Monde Diplomatique*, 131, septiembre, pp. 16-17.
- RIFKIN, J. (1992): *Beyond Beef. The Rise and Fall of the Cattle Culture*, New York, Plume.

- SEGRELLES SERRANO, J. A. (1993): *La ganadería avícola y porcina en España. Del aprovechamiento tradicional al industrializado*, Alicante, Universidad de Alicante.
- SEGRELLES SERRANO, J. A. (2001): "Problemas ambientales, agricultura y globalización en América Latina", *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* (<http://www.ub.es/geocrit/sn-92.htm>), V, 92, pp. 0-32.
- SEGRELLES SERRANO, J. A. (2004): *Agricultura y territorio en el MERCOSUR*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- SEGRELLES SERRANO, J. A. (2005): "El problema de los cultivos transgénicos en América Latina: una 'nueva' revolución verde", *Entorno Geográfico*, 3, pp. 93-120.
- SOUZA MARTINS, J. (2000): *Reforma agrária: o impossível diálogo*, São Paulo, Editora da Universidade de São Paulo.
- STÉDILE, J. P. (1997): *Questão agrária no Brasil*, São Paulo, Atual.
- STÉDILE, J. P. (2002): "Batallones sin tierra: el Movimiento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra de Brasil", *New Left Review*, 15, pp. 103-128.
- VIDAL VILLA, J. M. (1996): *Mundialización. Diez tesis y otros artículos*, Barcelona, Icaria.
- ZAMOSC, L., MARTÍNEZ, E. y CHIRIBOGA, M. (coords.) (1997): *Estructuras agrarias y movimientos campesinos en América Latina (1950-1990)*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.